

EL JUEGO DRAMÁTICO EN LA SUPERVISIÓN: DEL DESARROLLO DEL ROL DEL PSICOTERAPEUTA AL PROCESO PSICOTERAPÉUTICO DEL PACIENTE

Maria Dulce Santiago de Carvalho

Fuente: Rev. Bras. Psicodrama, São Paulo, v29, n3, p.188-197, Set. – Dez., 2021

RESUMEN

De la relación con el paciente surgen sentimientos, dudas, fantasías y miedos que acaban escapando del mundo interno del terapeuta; se tratan de impases que a menudo reflejan bloqueos que límite también la liberación de la espontaneidad del paciente. El artículo destaca la supervisión con técnicas psicodramáticas como elemento de formación y desarrollo del rol de terapeuta, reportando un caso de estudio en el ámbito psicoterapéutico. El objetivo se centra en destacar el juego dramático como posibilidad de reconocer aspectos personales del supervisado que interfieren en el proceso psicoterapéutico y en la gestión espontánea-creativa de sus intervenciones, integrando el conocimiento con la dimensión vivencial. Se pudo concluir que la supervisando desarrolló una mayor seguridad en su rol profesional, señalando también la gran importancia de la supervisora en este proceso.

PALABRAS CLAVE: Psicodrama; Supervisión clínica; Juegos; Identidad profesional; Juego de rol

INTRODUCCIÓN

La supervisión de los estudiantes o incluso de los profesionales en el campo de la psicoterapia adquiere una importancia significativa en el escenario de enseñanza-aprendizaje, en el interminable proceso de convertirse en terapeuta, un continuo devenir que se mueve en busca de lo nuevo y que, por otra parte, mano, muchas veces lo arroja a la oscuridad, más allá de sí mismo, poniéndolo frente a obstáculos y bloqueos que lo paralizan, ahuyentan la espontaneidad en su conducta y limitan el poder creativo de sus intervenciones. La supervisión magnifica la mirada; permite que se encienda la luz y que el desconcertante desequilibrio cobre sentido; articula teoría y práctica, incluyendo también una terapia de rol. En esta perspectiva, Calvente (2002) informa que se detectan escenas personales del supervisado que interfieren en el trabajo terapéutico, y, a partir de técnicas de dramatización, se pueden recrear situaciones problema, como parte del aprendizaje del rol del terapeuta.

El presente estudio es fruto de la supervisión que se realiza de forma obligatoria durante una pasantía en el campo psicoterapéutico, con un enfoque fenomenológico-existencial, y forma parte de la construcción del rol de psicodramatista supervisor-didáctico. Se trata de un estudio de caso, en el que se utilizaron técnicas y recursos psicodramáticos. La supervisada es una estudiante del último período de Psicología en la Universidad Federal de São João del-Rei (UFSJ). Ella no tiene ninguna formación en Psicodrama, pero muestra mucho interés por conocerlo y profundizarlo más adelante en su práctica profesional. La UFSJ no tiene, en su plan de estudios, disciplinas que aborden el

psicodrama, aumentando la demanda entre los estudiantes de trabajar con este enfoque metodológico, de modo que la solicitud de seguimiento supervisado de la pasantía provino de la propia estudiante.

El presente estudio tuvo como objetivo favorecer el encuentro del psicoterapeuta consigo mismo, con el fin de promover su encuentro con el paciente y posibilitar la gestión espontáneo-creativa de sus intervenciones, integrando el conocimiento en la dimensión experiencial. En este sentido, fue sustentado metodológicamente por Cukier (1992) y Calvente (2002), ahondando en los juegos dramáticos y los juegos de personajes, y adoptó como referencia: (a) ¿qué me pasa frente a este paciente? y (b) ¿qué le sucede a este paciente? A modo de aclaración, en el primer tema se consideran y trabajan los sentimientos y sensaciones suscitados en el profesional: el yo conmigo; y en el segundo se involucra la dinámica interna del paciente y las intervenciones o conductas del psicoterapeuta que pueden ser más adecuadas en un momento dado del proceso terapéutico. En este contexto, Calvente (2002) defiende que ser consciente de lo que sucede en tu interior cuando atiendes a ese paciente es un pilar que consolida el desarrollo en la supervisión de tu rol como terapeuta.

Supervisor: un ser-con — Relación dialógica y supervisión en escena

Ser terapeuta es estar-con-el-paciente, estar con él, acogerlo en sus angustias y conflictos. Teniendo esa perspectiva como guía para el tema abordado e investigado, ser supervisor es todavía diferente. Implica permitir compartir dudas y miedos en la construcción del rol profesional, acogiendo y resignificando sentimientos que pueden interferir negativamente en el buen manejo del proceso psicoterapéutico.

En este escenario, la relación con el supervisado, sujeto existencial, se construye a través del encuentro y la tele, lo que nos lleva, respectivamente, a Buber (2001) y Moreno (1975), permitiendo una verdadera comunicación entre las personas. Así como la relación terapéutica implica un encuentro¹, la relación supervisor-supervisor también se configura a partir de una relación dialógica (Buber, 2001), marcada por el verdadero interés del primero en ayudar al segundo. Asimismo, la espontaneidad y la creatividad invitan a un auténtico encuentro existencial en un escenario en el que el supervisor se convierte en un ser-con el supervisado; así, el encuentro consigo mismo es un camino para el encuentro con su paciente.

Al identificar fundamentos fenomenológico-existenciales en el pensamiento de Moreno (1975), el terapeuta que se sumerge en este abordaje se encamina a una indagación de la historia de vida del paciente y sus particularidades, comprendiéndolo en su totalidad existencial. A partir de la concepción fenomenológico-existencial y articulando un diálogo con Moreno, Heidegger (2005) nos lleva a visualizar al hombre como un ser-en-el-mundo, contextualizado que tiene su historia y su proyecto de vida, que lo hacen ser quien es. Almeida (2006) explica que el método requiere del terapeuta una actitud desprovista de ideas preconcebidas o explicaciones psicológicas y científicas frente a los

¹ “Un encuentro de dos: ojo a ojo, cara a cara. Y cuando estés cerca, te sacaré los ojos y los pondré en el lugar de los míos, y tú me sacarás los ojos y los pondrás en el lugar de los tuyos, entonces te miraré con tus ojos y tú me mirarás con los míos. .” (Moreno, 1975, p. 9)

fenómenos, para que éstos se manifiesten. En estos términos, el autor enfatiza: “Yo sólo cuestiono, escucho, veo, percibo y siento. También me cuestiono, me escucho, me veo, me percibo y me siento; ante la información de este mundo que me llega, me aburro, me alegro, me emociono”. (Almeida, 2006, p. 42). Para Almeida (2006), al utilizar el método fenomenológico-existencial, el terapeuta se entrega a la intuición creadora, se abre a la relación intersubjetiva, utilizando la intencionalidad para integrarse al universo que va aprendiendo. Y señala “busco un estado télico” (Almeida, 2006, p. 42).

Tomando como referencia estas ideas, el supervisado es percibido como un ser existencial, portador de su experiencia, y esta experiencia puede evocar sentimientos en su relación con su paciente. En medio del desarrollo del rol profesional, la supervisión emerge desgranando hechos del pasado y del presente, trayendo también en su bulto escenas terapéuticas desafiantes que son recreadas y que brindan una nueva experiencia.

Además de este contexto, el supervisado necesita tener un conocimiento amplio de la dinámica interna de su paciente, su forma de pensar y actuar, reflejando una comprensión genuina de esa persona frente a él, para que pueda buscar una verdadera relación en su acción y creación con ellos.; está estrictamente ligado a la percepción misma como sujeto existencial y su aprehensión del paciente como ser-en-el-mundo.

De los obstáculos en el camino a la búsqueda de supervisión

El paciente quiere terapia; el terapeuta quiere ayudarlo, pero no sabe o se pierde en la conducción de las sesiones, quizás por la falta de poder espontáneo-creador en sus acciones hacia quien está con él, o porque el paciente se enfrenta con la dificultad para expresarse, para traer algún tema a trabajar en terapia.

En medio de este escenario, muchas veces se requiere que los profesionales tengan una actitud de sabelotodo, transportándolos al lugar del que todo lo soluciona; una vez que se confrontan las expectativas (lo que se busca y lo que puedo ofrecer), se encuentra con cuestiones que invocan su vulnerabilidad. Su malestar ante el no saber qué hacer con ese paciente en particular lo lleva muchas veces a cuestionar su competencia, llevándolo a reflexiones y ensoñaciones de cómo se comportaría otro terapeuta si estuviera en su lugar. En su imaginario entran sus grandes maestros psicodramáticos, iconos con superpoderes que siempre saben qué hacer y cómo trabajar o dramatizar con sus pacientes; al menos eso es lo que él cree... Y así se encuentra en medio de sus soliloquios: “Debo ser muy incompetente, no puedo seguir adelante con este paciente...”.

Vasconcellos (2007) señala que, en situaciones en las que el profesional se encuentra perdido o atascado con su paciente y teme perder el control, cargarle sus molestias —los sentimientos y emociones que despiertan en él, el terapeuta— puede ayudar. El autor explica que el problema del paciente para ponerse en contacto con sus preguntas puede sentirse como una dificultad para conducir la sesión para ayudarlo.

La supervisión entra en juego como un elemento valioso en la formación profesional; compartir dudas y angustias con el supervisor y los compañeros de grupo ayuda al

supervisado a aprender a separar los problemas del paciente de los suyos, ya que uno no está exento de toparse con problemas personales no resueltos. En términos psicodramáticos, Amato (2002) menciona que en el escenario también hay otra escena que no es solo la del paciente: la escena del propio psicodramatista/director.

La supervisión en psicodrama es el escenario para acertar, conocerse y reconocerse, crear-recrear y, en este sentido, acotar las posibilidades de manejo terapéutico. A través del carácter espontáneo-creativo que se le otorga al método psicodramático, el director, que representa la figura del productor de la puesta en escena y cuya función es estimular la espontaneidad, mantiene al supervisado abrigado por la acción y amplía, a través de las escenas, su visión de las cuestiones planteadas. Rompiendo la jerarquía a menudo acentuada, se percibe a sí mismo al mismo nivel que su supervisor, construyendo espontáneamente su estilo de terapeuta.

De esta forma, Bucher (1989) y Lazzarini, Viana y Veludo (2008) consideran que la relación pedagógica apunta a la emancipación y no a la conservación de la jerarquía que separa a profesor y alumno. Desde el rol de los primeros, aludimos al concepto de que enseñar es mucho más que la transmisión de contenidos; implica un aprendizaje continuo, que abarca la co-creación y la transformación a través de la acción. Del mismo modo, lo mismo debería ocurrir en un trabajo de supervisión. Barros (2017) señala que este consiste en un espacio de aprendizaje, y ser supervisor implica “entrar en otra concepción del poder, el poder del encuentro, de la chispa divina que vive, convive, se trata y se transforma a través de las relaciones” (2017).) pág. 35). Desde su lugar, el supervisado siente que no está solo y es llevado a realizar sus soliloquios, escenificando sus dramas, exteriorizando sus miedos y permitiéndose atreverse en el proceso con el paciente.

Lazarini et al. (2008, p. 123) comentan que “un aspecto de la supervisión consiste en comprender la relación terapeuta-paciente a través de la relación supervisor-supervisor”, entendiendo que ambos deben caminar juntos en el análisis del desempeño y de las intervenciones a realizar. Con base en las ideas anteriores, Calvente (2002) también destaca que, en la supervisión, el estudiante tiene la posibilidad de establecer un diálogo entre la teoría y la práctica, constituyendo una matriz de aprendizaje y posibilitando la vivencia del rol profesional. Según el autor, la supervisión representa un espacio de profundización y ampliación de conceptos a la luz del material clínico con el que se está trabajando.

A su vez, Barros (2017) aclara que el rol del supervisor es estimular la práctica, ofreciendo vínculos con la teoría y reflexiones para la coherencia de la aplicación del método. Una vez identificadas las dificultades y los impasses del supervisado en la conducción de las sesiones, el supervisor debe ser cauteloso en sus orientaciones y conductas para no reforzar bloqueos y debilidades, arrojándolo aún más al abismo o a la oscuridad. En este viaje sostiene en sí mismo, o se supone que lleva, la sutileza de iluminar el camino. Ayuda a construir el puente hacia el aprendizaje efectivo del rol del terapeuta. Lo que se espera de este profesional es una actitud de facilitación, ayudando al supervisado a establecer condiciones adecuadas para el manejo de las situaciones y escenarios que surgen en la relación con el paciente.

La supervisión ofrece el aspecto experiencial; Anclada en supuestos morenianos al utilizar técnicas psicodramáticas, la supervisión constituye un pilar en la construcción del rol profesional del terapeuta, sumado al conocimiento teórico y al proceso psicoterapéutico (Calvente, 2002).

A lo largo de las sesiones de supervisión se utilizan diversos recursos, en los que se destacan las experiencias, juegos y técnicas psicodramáticas, lanzando al supervisado en el “como si”, ampliando las posibilidades de acción y llevándolo a visualizar el proceso terapéutico de su paciente. Además de las escenas llevadas al escenario, Lazzarini y otros (2004) señalan que todo el arsenal experiencial asociado al intercambio de emociones y sentimientos también provoca una expansión del autoconocimiento, favoreciendo una mejor comprensión de su identidad profesional.

Cabe destacar que el escenario lúdico permite estar del otro lado —el lugar del paciente, favoreciendo una mayor percepción del paciente— y al mismo tiempo amplía la aprehensión del propio rol del terapeuta. En cuanto a la experimentación de roles, se identifica la dramatización como una actividad de uso frecuente en la supervisión psicodramática (Hannes & Fürst, 2013), incluyendo también diversas técnicas de acción, como la recreación de una escena terapéutica, el juego de roles y el uso de técnicas psicodramáticas. como inversión de roles (cambio de roles con el paciente), el espejo (jugando para la persona supervisada o actuando en la relación con el paciente, para que pueda verse y percibirse a sí mismo), el doble (decir algo que no está claro para el supervisado), además de trabajar con esculturas (crear una imagen de la relación con el paciente o aspectos de él, con el fin de ampliar su percepción y comprensión de él). Calvente (2002), igualmente, enfatiza el uso del juego de roles, en el que el supervisado toma el lugar de su paciente e invierte en el uso de técnicas dramáticas como medio para reducir la ansiedad como terapeuta y desarrollar una mayor seguridad en el rol.

Continuando con las posibilidades de supervisión, en el mismo planteamiento, se encuentran los juegos dramáticos. Las supervisiones que integran el seguimiento en la temática desarrollada incluyen juegos y técnicas dramáticas que ayudan al supervisado a asumirse ante el paciente, despertando su potencial activo y creativo a través de herramientas e instrumentos metodológicos y psicodramáticos y experiencias, llevándolo al conocimiento de sí mismo y del mayor percepción de su propio rol profesional. En medio de descubrimientos en el camino, el supervisado es provocado a detectar escenas de su mundo interno ligadas a su propia historia, que pueden estar interfiriendo en el trabajo terapéutico con su paciente. A partir de recursos psicodramáticos en los que se inserta el juego dramático y el role playing, el supervisor camina iluminando el camino.

Juego dramático y Role Playing.

El juego dramático es un recurso sumamente valioso del psicodrama, que permite, a través de la improvisación, reproducir situaciones vividas o imaginadas; en el escenario de supervisión, el juego ayuda al supervisado a percibir su comportamiento, (re)conocerse y visualizar nuevos caminos por delante.

Motta (2002) considera que, en este tipo de juegos, la creación está anclada en el juego, en el que el juego de roles abre una nueva dimensión de la existencia para los hombres en la que predomina la libertad. El atrevimiento libera al individuo para permitirse, invocando las múltiples posibilidades de experimentar la vida. De manera complementaria, Datner (1995) expresa que “el juego dramático tiene como núcleo experimentar el juego asumiendo personajes en un carácter lúdico permanente” (p. 86). Las dinámicas interpersonales son llevadas al escenario dramático, favoreciendo la expresión de sentimientos, emociones y sensaciones; en el ámbito de la supervisión, se anima al supervisado a adoptar nuevas actitudes, otros movimientos, rescatando el riesgo y atreviéndose en la posibilidad de experimentar lo nuevo.

En el juego, es posible vivir casi cualquier cosa. Se crean personajes, se compensan las limitaciones y se resuelven los bloqueos. Castanho (1990) afirma que el juego dramático envuelve a los participantes, emocionalmente, en la actividad de expresar las creaciones de su mundo interno, y destaca que “el personaje creado guarda una relación metafórica con algún aspecto de la dinámica interna del individuo” (p. 34). En este aspecto, el supervisado accede a aspectos personales, experimentándolos de forma lúdica y transformadora para sí mismo, lo que, en consecuencia, repercutirá positivamente en el proceso con el paciente.

En la visión de Conceição (2012), la persona puede desplazar lo vivido en su realidad y, así, encontrar respuestas a sus conflictos, angustias o dudas. De esta forma, el supervisado facilita la transposición del aprendizaje experimentado en el aquí y ahora de la supervisión al aquí y ahora con el paciente en la sesión.

En este campo de argumentación, Calvente (2002) explica que el supervisado transita por la adopción de roles, el juego de roles y la creación de roles, a diferencia del entrenamiento de roles, que, a través del entrenamiento, refuerza roles predeterminados, moldeando muchas veces al sujeto y bloqueando la espontaneidad y la creatividad. según la idea desarrollada por Moreno. El primero se refiere a la adopción de un rol terminado y establecido; es el rol inicial que asume el supervisado, transitando hacia el role playing, jugando más libremente su rol de terapeuta en el “como si”, a través de la dramatización, hasta llegar al rol creando, implicando la creación del rol. El énfasis aquí está en la coparticipación del supervisor, de tal manera que el supervisado creará su propio estilo de ser terapeuta.

“Cuando el alumno se siente identificado con su papel, puede actuarlo espontáneamente y vivirlo de forma integrada con el resto de su persona, lo que le permite interpretarlo con su propio estilo y cada vez con menos ansiedad. Siguiendo la idea moreniana, a menor ansiedad, mayor espontaneidad y creatividad y viceversa.” (Calvente, 2002, p. 113).

La supervisión psicodramática a través del juego de roles permite explorar los diversos desarrollos y consecuencias de las conductas experimentadas por el paciente y por sí mismo, aliviando tensiones y ofreciendo nuevas respuestas y aprendizajes a la situación vivida, liberándolo de una situación paralizante. En el “como si”, el supervisado disfruta

de su papel como terapeuta y también experimenta el papel de contrapartida: el papel de su paciente.

Caldeamiento y caldeamiento del paciente.

Con base en el método psicodramático, el supervisado, que llamaremos Simone², fue orientado sobre la importancia significativa del caldeamiento en el proceso psicoterapéutico, que lanza al paciente a la acción espontánea y creativa. Destacamos no solo la que implica su preparación para trabajar sus problemas y conflictos, sino esencialmente el propio caldeamiento del supervisado en el rol de terapeuta, para conducir la sesión de forma más fluida, despertándolo a un libre desempeño de roles. En este aspecto, Calvente (2002) señala que es él quien prepara para la acción, lo que da lugar a la espontaneidad, aunando pensamiento y sentimiento, evitando el actuar, un mero actuar superficial.

Moreno destaca que “la espontaneidad del director es lo que calienta al paciente” (Cukier, 2007, p. 167). El terapeuta necesita aprovechar las formas de mantenerse caliente durante todo el proceso dramático, porque la falta de estimulación puede tener implicaciones para el desarrollo de las escenas y el manejo adecuado de las técnicas psicodramáticas. Como afirma Amato (2002, p. 73), “Ciertamente, el calor del protagonista se yuxtapone al calor del director y del yo auxiliar”.

Durante las supervisiones, el caldeamiento de la supervisada tomó gran protagonismo, ya que sus soliloquios revelaron desánimo en la relación psicoterapéutica, y la técnica del espejo logró hacerla consciente de este hecho. Ante sus dificultades iniciales, respecto a qué hacer con lo verbalizado por su paciente —ya que estaba satisfecho con sus actitudes, lo que le provocaba cierta indignación, y no dejaba clara su demanda de terapia—, Simone comentó que incluso esperaba que no asistiría a la sesión. Se le sugirió que buscara en su interior elementos que pudieran contribuir a estar más disponible y cálida para trabajar con él. Simone comenzó a activar los iniciadores corporales incluso antes de las sesiones (estirar el cuerpo, saltar, cantar y bailar con su música favorita), comenzando a sentirse más abierta a estar con él y entrar en su mundo.

También, como parte integral de la supervisión, se indicaron lecturas basadas en la comprensión fenomenológico-existencial y en el enfoque y metodología psicodramática, que permitieron profundizar los estudios y ampliar los conceptos a la luz del caso clínico que se estaba supervisando.

DISCUSIÓN Y ANÁLISIS DE RESULTADOS

A lo largo de la trayectoria en la que se extendió el proceso de supervisión, se destacó que la aprehensión de las técnicas psicodramáticas implicaba alinear la teoría del psicodrama con la práctica. A través de sus recursos lúdicos se despierta la llama existente en el supervisado según sus potencialidades, y desde la espontaneidad es posible adaptar una nueva respuesta, surgiendo la creatividad del rol profesional.

² Nombre ficticio para preservar la identidad de la persona

En este camino, utilizamos varios juegos dramáticos, atentos a su relación intrínseca con el fundamento y las metas terapéuticas que fueron tomando forma y delineando los caminos a seguir.

El uso del juego dramático en la supervisión.

A continuación, se describe y aclara la aplicabilidad del juego en el contexto de la formación psicoterapéutica. En el escenario del desarrollo del rol profesional, a partir del reflejo de sus propios sentimientos, la supervisada aprende nuevas formas de ser con su paciente, siendo convocada a atreverse y penetrando en el universo lúdico del “*como si*”.

El juego del personaje De los discursos de Simone sobre el deseo de rendirse, motivados por el hecho de que la paciente es difícil (sic) e inaccesible (valores morales contrarios a la sociedad, mentiras y poca empatía, lo que sugiere indiferencia hacia los demás) y que ella podría De no avanzar con él, se invitó a la supervisada a moverse por la sala con el fin de entrar en calor para profundizar en los temas que la aquejaban. Se hicieron soliloquios y se le pidió que dejara surgir imágenes sobre su futuro profesional y su relación con su profesión. Reportamos a continuación, de manera sucinta, un fragmento que ilustra un juego dramático realizado con el fin de trabajar cuestiones surgidas de su vida personal, que podrían estar dificultando la continuación de las sesiones. Utilizando, en un primer momento, un calentamiento de un psicodrama interno, la supervisora la invitó a viajar dentro de sí misma e imaginar un escenario, dejando que las cortinas se abrieran y que las escenas fluyeran (despacio y con un tono de voz suave/calmado). Entonces, se animó a entrar en contacto con sus sentimientos, despertando espontáneamente a un personaje, dejándolo emerger, representando esas imágenes y sensaciones que ella estaba sintiendo. Enfocada en “lo que me pasa con esta paciente”, la idea era conectarla con su mundo interno, buscando indagar qué personaje portaba las emociones y sentimientos que ella estaba experimentando con esta paciente y quién también expresaba emociones que hacían referencia a su historia de vida.

En cuanto Simone accedió a este personaje, respondió: “¡Curupira! ¡Eso, una curupira³!”.

El diálogo sigue:

Supervisor: “Quiero conocer a este personaje. Ponte en el papel de este personaje, déjalo salir... respira... ¿Quién eres? ¿Que haces?”.

Simone: “Miro hacia adelante y camino hacia atrás... un ojo allá, un pie aquí...”.

Supervisor: “¿Cómo es eso? Mira... ¿caminar?”.

³ Nota del traductor: El **Curupira** (en tupí-guaraní antiguo) o "Curupí" (en guaraní), siendo pronunciación en portugués brasileño [kuru'pire], es un ser sobrenatural, guardián de los bosques en la mitología Tupí-guaraní. Este personaje legendario forma parte esencialmente de las leyendas de las zonas de influencia guaraní, como Paraguay, el noreste argentino y ciertas zonas de Brasil. La leyenda tiene variantes regionales y locales en el relato.

Simone: “Quiero avanzar, pero me siento impotente, no creo que pueda con eso... Estoy atenta, preparada... Lo sé todo, pero mis pies no me dejan ir... No me muevo, no sé caminar con mis propios pies”.

Supervisor: “¡Está bien! ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto, Curupira? ¿Cuándo llegaste a la vida de Simone?”. [El supervisor sigue alentando a Simone.]

Simone: “Sí, creo que siempre ha sido...”.

Supervisor: “Está bien... respira hondo, visualiza una escena en la que apareció este personaje, está presente. Recuerda una escena, trae un recuerdo donde te acompaña, donde sucede.” [El supervisor investiga la mayor cantidad de detalles e información posible.]

Simone: Desde que era niña, pero... [Hace una pausa y respira.] Recuerdo un viaje que hicieron todos mis amigos. Tenía muchas, muchas ganas de ir, pero mis padres me hicieron tener tanto miedo de no poder arreglármelas que terminé por no ir... Tenía 19 años”.

Supervisor: “¿Qué sentiste?”.

Simone: “Es querer, pero no hacer... Mis padres siempre me protegieron; Nunca caminé con mis propias piernas. Ellos decidieron por mí. Aprendí a ser insegura”.

La supervisora exploró sus recuerdos y sentimientos con la supervisada y utilizó la técnica de inversión de roles, asignando una almohada para que fuera Curupira y estableciendo un diálogo entre los dos, en el que Simone verbalizaba mucha emoción, diciéndole a Curupira lo que estaba haciendo con ella y al mismo tiempo, al mismo tiempo escuchándolo a él también. La interacción continuó hasta que terminó preguntándole qué necesitaba en ese momento para no tener que crear este personaje. La respuesta fue: “valentía para arriesgar”, y la supervisora hizo un doblete: “miedo a las derrotas, no me gustan las victorias”, a lo que la supervisada asintió, mostrándose radiante y sonriente. Otros contenidos también salieron a la luz y, entre ellos, pudo percibir cómo cuestiones relacionadas con su sexualidad también chocaban con el campo de la sexualidad de la paciente, provocando bloqueos en la relación terapéutica.

Posteriormente, el supervisor volvió al recuerdo surgido, recreando la escena del viaje no realizado, y señaló al supervisado: “¿Cómo le gustaría terminar esta escena?”. Ella rehace la escena, tomando la decisión de acompañar a sus amigos en el viaje; aun con ciertos problemas que puso en la puesta en escena (comida, ropa), logró sobreponerse y disfrutar del viaje. Al final de la supervisión, con el juego dramático como desencadenante de aspectos significativos de la historia de la supervisada, se percató de cómo el miedo a tomar sus decisiones, arriesgarse por sus elecciones y considerarse incapaz se reflejaba en otros sectores de su vida, especialmente en el aspecto profesional, en la relación que establecía con su paciente.

Este juego dramático ilustra el trabajo en supervisión de los propios problemas de la supervisada consigo misma, con el objetivo de distinguir lo que es parte de ella y de su mundo y que interfiere en los escenarios de la paciente e invade el espacio terapéutico. Dando visibilidad a este tema, es importante enfatizar que el supervisor debe tener cuidado de no transformar el espacio de supervisión en psicoterapia, estableciendo y profundizando un vínculo psicoterapéutico con el supervisado (Lazzarini et al., 2008). Al igual que Calvente (2002), creemos que la terapia de roles es una parte fundamental de la supervisión, aclarando puntos esenciales para el estudiante o profesional sobre las situaciones vividas por él, sin por ello descartar el propio proceso terapéutico del supervisado.

Juego: Partes de mi todo

Simone informa que, muy a menudo, Rogério⁴ trajo a la sesión el tema de “ser manipulador” (expresión utilizada en el proceso psicoterapéutico con él) para indicar que utilizó estrategias para obtener lo que quería de las personas y de situaciones. No pudo identificar la demanda de terapia de Rogério (no pudo percibir consistencia entre lo que decía su paciente y lo que le gustaría lograr con su proceso terapéutico, lo que la hizo cuestionar qué lo mantuvo en este espacio, ya que permaneció en el mismo espacio. camino.). Molesto con el estancamiento en el que se encontraba, el supervisor sugirió que el supervisado propusiera un juego dramático. Con base en sus percepciones, Simone le señaló a Rogério cómo en muchos momentos él logra manipular a las personas y situaciones a su alrededor y le propuso un juego (átomo social), cuyo lema inicial era: “Usando los objetos aquí en la oficina [Simone muestra una caja con varios objetos, cojines y miniaturas], elige uno que te represente a ti y otros que representen tu mundo, tu vida, lo que es parte de él”.

Rogério eligió un reloj de mesa para ser él; un bolígrafo grande de colores para representar a su novia (no sabe si le gusta; cree que puede ser una amistad pintoresca; le rompe el cuello con su trabajo universitario, es estudiosa); una flor para ser la hermana (frágil y dependiente); una espada para ser el cuñado; un peluche para ser la madre; un cuaderno para representar a la facultad; y un corazón de peluche para ser tu pasión por los videojuegos.

El se encontró en medio de todas estas relaciones y se puso en el lugar de cada una de ellas (a través de una entrevista en papel) e invirtió los roles con todos ellos. Al final de la sesión, Rogério compartió con Simone lo vacía que estaba su vida, se sentía solo. Cuanto más se jactaba de manipularlos, más lo arrojaba a la soledad, en un intento desesperado por sentirse y hacerse importante. Se dejó caer en el sofá y expresó que no se sentía como nada. La supervisada y su paciente pudieron hablar sobre su responsabilidad por lo que se quejaba y las implicaciones que esto tendría si permanecía en el mismo lugar.

⁴ Nombre ficticio para designar al paciente

A partir de esa sesión, el proceso terapéutico tomó un nuevo rumbo y ambos se sintieron más cómodos trabajando juntos, lo que involucraba al terapeuta en el estar-con-el-paciente.

Frente a estas proposiciones, los datos discutidos a partir de los fragmentos ejemplificados apuntan para el uso del juego dramático en la supervisión como posibilidad de reconocer aspectos personales del supervisado que interfirieron en el proceso psicoterapéutico, además de permitir una gestión más espontáneo-creativa de sus intervenciones, integrando el conocimiento en la dimensión vivencial.

En la visión de Perazzo (2010), la supervisión con un marco teórico-metodológico psicodramático bien conducido constituye un puente que une la teoría y la práctica y la cobertura personal, a partir de la espontaneidad y la creatividad del psicodramatista. En este parámetro, el autor refuerza el sentido de estar juntos, compartir y acoger, orientando lo que entiende como un movimiento múltiple de liberación existencial.

CONSIDERACIONES FINALES

La supervisión ofrece técnicas psicodramáticas al estudiante o profesional del campo de la psicoterapia que busca la posibilidad de establecer conexiones con su mundo interno y con el de su paciente, sacando a la luz la espontaneidad y creatividad perdidas y rescatando la relación consigo mismo en el papel de terapeuta. De esta manera, el juego dramático se inserta en la supervisión psicodramática, a partir de los fundamentos teórico-metodológicos del psicodrama como medio para desarrollar el rol profesional de la supervisada, incentivándola a participar activamente del material que trae a la supervisión, moviéndola al aspecto experiencial y haciendo un cruce entre el conocimiento teórico, el enfoque y el método psicodramático.

A través de su valiosa metodología, el psicodrama extiende el juego y las técnicas dramáticas al contexto de la supervisión, revelándolo como un puente que conduce a la profundización de conceptos y al desarrollo de habilidades técnicas necesarias para el rol profesional.

Estrechamente ligado a la formación del rol de terapeuta, el estudio presentado también involucró experiencias que integraron la construcción del rol de supervisor didáctico psicodramatista, un constante aprendizaje y crecimiento, que comparte prácticas y contribuye al desarrollo del terapeuta-director, abriendo paso a un encuentro.

En este escenario, el supervisor se destaca como un estar-con (supervisándolo), caminando a su lado y tratando de ver a su paciente con sus ojos, a través de técnicas de representación y dramatización, llevándolo a su desarrollo creativo como terapeuta Y no es de extrañar que, de esta forma, el propio supervisor también pueda aprender y reinventarse en su práctica profesional.

DISPONIBILIDAD DE DATOS DE INVESTIGACIÓN

No se aplica.

FINANCIACIÓN

No se aplica.

AGRADECIMIENTOS

Agradecimiento al IMPSI, Federación de la cual formo parte, en especial a Graça, gran docente, fundamental en mi formación como psicodramatista didáctica, terapeuta estudiantil y supervisora, y este artículo es el resultado de ese aprendizaje.

REFERENCIAS

- Almeida, W. C. (2006). Psicoterapia aberta: O método do psicodrama, a fenomenologia e a psicanálise. Ágora.
- Amato, M. A. (2002). A poética do psicodrama: O grupo autodirigido e a dinâmica da cena. Aleph.
- Barros, L. M. S. (2017). Supervisão socioeducacional: Compartilhando a construção do papel de supervisor em psicodrama. *Revista Brasileira de Psicodrama*, 25(2), 28-36. <https://doi.org/10.15329/2318-0498.20170019>
- Buber, M. (2001). Eu e tu. (N. A. Von Zuben, Introd. e Trad.). Centauro.
- Bucher, R. E. (1989). A psicoterapia pela fala: Fundamentos, princípios, questionamentos. EPU.
- Calvente, C. (2002). O personagem na psicoterapia: Articulações psicodramáticas. Ágora.
- Castanho, G. P. (1990). O jogo dramático na formação do psicodramatista. *Revista da FEBRAP*, 310-329.
- Conceição, M. I. G. (2012). Jogos Dramáticos. In M. P. Nery, & M. I. G. Conceição (Orgs.), *Intervenções grupais: O psicodrama e seus métodos* (pp. 145-159). Ágora.
- Cukier, R. (1992). Psicodrama bipessoal: Sua técnica, seu terapeuta e seu paciente. Ágora.
- Cukier, R. (2007). Para uma dramatização bem-sucedida. In M. C. M Vasconcellos (Org.), *Quando a Psicoterapia trava*(pp. 157-178). Ágora.
- Datner, Y. B. (1995). Jogando e aprendendo a viver. In J. C. Motta (Org.), *O jogo no Psicodrama* (2ª ed., pp. 85-95). Ágora.
- Hannes, K., & Fürst, J. (2013). Psicodrama na supervisão de alunos em formação: Impacto na aplicação de intervenções verbais e dramatização na aprendizagem. *Revista Brasileira de Psicodrama*, 21(2), 117-132.
- Heidegger, M. (2005). Ser e tempo (Parte I, 15ª ed., M. S. C. Schuback, Trad.). Vozes.
- Lazzarini, E. R. et al. (2004). A supervisão didática no contexto da formação psicoterapêutica. *Temas em Psicologia da SBP*, 12(1), 18-27.
- Lazzarini, E. R., Viana, T. de C., & Veludo, C. M. B. (2008). A supervisão na formação do psicoterapeuta. *Revista Brasileira de Psicodrama*, 16(1), 121-129.
- Moreno, J. L. (1975). *Psicodrama* (A. Cabral, Trad.). Cultrix.
- Motta, J. C. (2002). Jogos: Repetição ou criação? Abordagem psicodramática. Ágora.
- Perazzo, S. (2010). *Psicodrama: O forro e o avesso*. Ágora.
- Vasconcellos, M. da C. M. (Org.). (2007). *Quando a psicoterapia trava*. Ágora.